



NO ESTABA MUERTO, ESTABA EN LA TOSCANA

En un bosque rodeado de alimañas y jabalíes... La desconcertante historia del español al que la familia dio por muerto tras desaparecer hace 17 años. Médico y psicólogo, continúa su huida. «Esta es mi casa», dijo junto a un tenderete al forestal que le visitó antes de volver a esfumarse. Nos adentramos en su refugio italiano de eremita

POR MÓNICA BERNABÉ Y EDUARDO DEL CAMPO **SCARLINO / CAZALLA**

«Hay alguien ahí?», preguntó el guardia del parque forestal con voz grave. Entre la maleza había un sinfín de contenedores de plástico, una bicicleta y una lona de color verde tensada con varias cuerdas, en forma de tienda de campaña. De repente la lona se estremeció ligeramente, y de debajo salió un muchacho vestido con un pantalón de chándal azul, un jersey verde y unas zapatillas de deporte. «Vivo aquí. Ésta es mi casa», contestó el hombre. ¿Cómo que «mi casa», un bosque con jabalíes y zorros? El vigilante no daba crédito. Le solicitó un documento de identidad y el individuo le entregó su pasaporte: se llamaba Carlos Sánchez Ortiz de Salazar y era originario de Bilbao. En España lo habían declarado muerto.

El guardia, que prefiere no dar a conocer su nombre, asegura que si hubiera sabido toda la desgracia que aquel hombre arrastraba detrás de sí, habría hecho algo por retenerlo o al menos por saber más de él. Carlos se marchó de casa, en el pueblo sevillano de Cazalla de la Sierra, cuando tenía 26 años. Había estudiado Medicina y Psicología, y era un joven brillante, aunque un poco introvertido, según cuentan quienes lo conocieron. Dijo a sus padres y sus hermanos que no compartía el modelo típico de sociedad y que quería vivir de otro modo, solo.

Desde entonces su familia le perdió el rastro. Apenas tuvo noticias de él en un par de ocasiones, y lo buscaba desde hacía casi dos décadas. Desde 1996. Hasta el punto de que al final lo dio por muerto. Pero no, allí estaba, vivo. En ese frondoso bosque del parque natural de la

Bandite di Scarlino, una zona protegida en la Toscana italiana.

Carlos se encontraba en concreto en el término municipal de Scarlino, a un par de kilómetros de la cala Violina, una playa de arena fina y blanca que atrae a miles de turistas en verano. El guardia del parque natural fue la única persona que entabló una corta conversación con él. Fue el 17 de octubre. Los Carabinieri regresaron al lugar tras una hora, pero el hombre ya no estaba. Había desaparecido de nuevo. Se llevó consigo la lona y la bicicleta.

Sus padres y una de sus dos hermanas viajaron desde España a Scarlino esta semana, pero sólo encontraron lo que Carlos dejó atrás entre la maleza.

«Si hubiera sabido que me iba a encontrar a un hombre allí, en medio del bosque, habría ido con otros guardias», empieza relatando el vigilante de la Bandite di Scarlino. Un buscador de setas le avisó de que había visto residuos incontrolados en medio del bosque, y fue a comprobar la zona. Cuando vio la lona en forma de tienda de campaña, pidió al buscador de setas que se quedara atrás y él avanzó lentamente y preguntó si había alguien. Y apareció Carlos.

«No me pareció un vagabundo», explica el guardia. «Tenía el cabello corto, barba de pocos días y no iba muy sucio», describe. «¿Estás solo?», le preguntó. «Sí, sí, vivo solo», respondió el desconocido, que le mostró su pasaporte. «La verdad es que no me fijé si el pasaporte estaba o no caducado», admite el vigilante. Le parecía todo tan suma-

mente increíble... ¿Cómo esa persona había podido sobrevivir en medio del bosque?

Carlos le explicó que vivía de lo que encontraba por ahí. El núcleo urbano de Scarlino está lejos del parque natural, en lo alto de una colina, pero en uno de los accesos al parque existe un aparcamiento para coches donde hay dos decenas de contenedores de basura para que los turistas tiren allí los residuos. Diversos letreros advierten sobre la necesidad de mantener los contenedores cerrados a causa de la

lo alguien que conozca muy bien el lugar puede moverse.

«No aparentaba estar chalado y parecía tener contacto con la sociedad», afirma el vigilante. Por ejemplo, le preguntó si era «extracomunitario», y él sabía exactamente de lo que le estaba hablando: «Soy español, estamos en la Unión Europea», le respondió Carlos. Fue amable en todo momento y podía hablar italiano con una cierta fluidez.

El guardia le interrogó también por todos esos contenedores de plástico de forma cilíndrica que tenía, y el hombre se ofreció a abrirle alguno. «En uno había un poco de pan seco y un trozo de bizcocho. Y en otro, una bufanda y un jersey. Me dijo que lo metía allí por los animales», explica el vigilante.

El guardia tomó algunas fotografías del lugar con su teléfono móvil, que *Crónica* ha podido ver. En ellas se aprecian los botes de plástico, la lona y

a un chico con ropa deportiva. Carlos nació el 14 de octubre de 1970, tiene 45 años. Sin embargo, aparenta ser más joven. En las fotos parece un muchacho.

«Ahora que has encontrado dónde vivo, me iré», dijo Carlos al guardia. Este avisó a los Carabinieri en cuanto regresó al núcleo urbano de Scarlino. No sabía con quién se había topado, si era un delincuente o un fugitivo. Pero no, Carlos no dispone de antecedentes penales. Eso sí, los Carabinieri ya lo tenían registrado porque una madrugada lo encontraron rebuscando en los contenedores de basura en el puerto de Scarlino.



Un cartel en el bosque de Scarlino previene contra los jabalíes. MÓNICA BERNABÉ

existencia de jabalíes y zorros en la zona.

Scarlino es un pueblo de unos 3.800 habitantes, pero duplica su población en verano debido a su atractivo turístico, que incluye sol, playas paradisíacas y una tupida vegetación. Desde el aparcamiento hasta la cala Violina hay una distancia de un kilómetro y medio por una pista forestal donde está prohibida la circulación de vehículos. Sin embargo, Carlos se encontraba bosque adentro. El guardia calcula que a una distancia de media hora a pie desde el aparcamiento, por una zona sin senderos y con vegetación baja en la que só-

La prensa local publicó la noticia sobre el hallazgo de «un eremita en el bosque», y a partir de ahí la asociación italiana Penelope, de búsqueda de personas desaparecidas, comprobó a través de su homóloga en España, SOS Desaparecidos, que Carlos es una persona a quien su familia buscaba desde hace casi dos décadas.

Cuando los padres de Carlos recibieron la noticia, no lo podían creer. La madre, Charo, de origen vasco, es una apreciada maestra en el colegio público Virgen del Monte, en Cazalla de la Sierra, y durante un tiempo fue concejal del Partido Andalucista en el pueblo. El padre, Carlos —se llama igual que el hijo—, tuvo una herrería hasta que se jubiló. El *ermitaño* tiene también un hermano y dos hermanas. Él es el mayor.

Los padres y una de las hermanas viajaron esta semana a Scarlino. «Les enseñé las fotos que tomé con el móvil y rompieron a llorar», cuenta el vigilante, también visiblemente emocionado. Le dijeron que sí, que sin ninguna duda aquél era Carlos, y que siempre había tenido pasión por la bici. El padre y la hermana fueron hasta el lugar donde Carlos vivió hasta hace escasos días, pero la madre no se vio con fuerzas. Eran demasiadas emociones.

Ella solicitó en 2009 la apertura del expediente de declaración de fallecimiento de su hijo en el juzgado de Cazalla. No tenía noticias de él desde el 13 de abril de 1998, así que esa fecha se tomó como referencia para contar los 10 años preceptivos que se requieren para pedir la declaración judicial de muerte de un desaparecido.

El abogado Ángel Martínez Rus, que representó a la familia de Carlos en el expediente judicial para declarar su fallecimiento, explica que detrás de esta iniciativa no hubo ninguna motivación extraña: ni el cobro de un seguro de vida ni nada similar. Simplemente, a sus padres les preocupaba que si ellos morían repentinamente no se pudiese efectuar el reparto de su herencia entre los otros hijos por la ausencia irresoluble del mayor, del que no sabían si estaba muerto o vivo. Y la madre, previsora, decidió pedir la declaración judicial de muerte. El abogado también aclara que ahora solicitará la rehabilitación judicial de Carlos como vivo.

El alcalde de Scarlino, Marcello Stella, la Guardia Forestal y los Carabinieri tienen el teléfono de la familia y se han comprometido a informarla si averiguan algo nuevo. Pero Stella aclara que no pueden buscar a Carlos: no ha cometido ningún delito.

La historia de Carlos ha sido una bomba en el pequeño pueblo de la Toscana, donde todo el mundo se conoce y casi no hay una alma por las calles en invierno. «A partir de ahora me fijaré si veo a alguien cuando voy a buscar setas», asegura un vecino, Antonio. En el kiosco del pueblo una pizarra dice: «El eremita se queda a vivir en el bosque». Pero en qué bosque y por qué, eso sólo Carlos lo sabe. @monica-bernabe1 @EdelCampoCortes